A. C. GODOYSINN

LOS SECRETOS DE LA ARAÑA



Áurea Ediciones

Que no está muerto lo que yace eternamente,
y con el paso de los eones, aun la muerte puede morir.
—H.P. Lovecraft.

En lo alto de mi lecho suspendida, un triunfo no
alcanzado me recuerda, una araña ha formado
su lóbrega vivienda con hilos tembladores
más blancos que la seda, donde aguarda a
las moscas haciendo centinela a las moscas incautas
que allí prisión encuentran, y que la araña chupa
con ansiedad suprema.

—"La araña", Julio Flórez.

A Pabla y Valentina, que se han pasado horas enteras
escuchando mis historias.

Prólogo

Juan García no supo de dónde salió la vetusta mujer ni en qué momento se había descuidado tanto para dejarse intimidar con su presencia, pero el caso fue que en cuanto esta lo abordó a mitad del mercado de Leticia, se quedó totalmente absorto, paralizado, sin saber qué hacer. Pudo haber sido su nariz macilenta, medio comida, roída por alguna enfermedad terrible, que a Juan no le hizo pensar en otra cosa más que en la lepra. O tal vez fue su decrépita y encorvada figura, sumado a una mirada de ave rapaz que parecía escudriñar hasta el rincón más recóndito de tu alma, lo que hizo que el experimentado cazador se quedara petrificado, escuchando las palabras de la vieja. Palabras que, en sus oídos, sonaron a un oscuro presagio que le sacudió la espina y le erizó la piel, hasta dejarle una punzante sensación de terror en la base de la nuca.

"La selva engullirá tu nombre cuando veas al hombre que sufre atrapado en las redes que la mujer esconde",

le recitó con voz monótona y dedo acusador antes de continuar su camino. Utilizó un idioma extraño, una mezcla exótica entre portugués, español y lenguas locales, que terminaron por desconcertar a Juan, al punto que no hizo ni intento de réplica, pero sí entendió el mensaje. Sus años viviendo en la selva lo habían dotado del conocimiento suficiente para interpretar la advertencia, y la vio tan clara como cristal recién pulido. Iba a morir, muy pronto iba a morir

Después de recuperarse de la impresión, se giró en busca de la anciana, como intentando hallar explicaciones, alguna luz que le dijera que se había equivocado en su interpretación, que había sido todo un delirio, una lectura errada. Pero por algún motivo que no logró comprender, no encontró la más mínima señal de ella, como si la anciana se hubiera esfumado en el mismo instante en que le había terminado de recitar las palabras, como si nunca hubiera estado allí. Juan García miró entonces el estrecho pasillo que se formaba entre las tiendas y todo en derredor: los puestos de comida, el pescado seco, el banano verde, la yuca... listos para ser vendidos.

De las personas que vislumbró, todas eran nativos y mestizos en sus quehaceres diarios. De la vieja ni una pista, lo que asaltó su cerebro de manera feroz, cuestionándole seriamente su salud mental. Estaba cansado: el viaje de Manaos a Leticia había sido pesado y aún tenía bastante trabajo por hacer para recibir a los americanos: terminar de reunir a los hombres, conseguir un resto de material y un par de permisos del municipio colombiano que aún tenía pendientes. Aunque él siempre había sido bueno manejando la burocracia, saber cómo y cuándo

sobornar, intimidar o incluso amenazar era un arte que requería de un agudo talento. Y si los americanos recurrían a él para extraer algo de la selva que ni siquiera podía estar allí, se debía a que era un experto en su trabajo y a que mientras mantuvieran su bolsa llena, haría lo que fuera necesario para completarlo. Le estaban pagando bien, lo suficiente como para considerar un largo retiro. Pero en cuanto dicho pensamiento rondó por su mente, la imagen de la anciana regresó con mayor fuerza, intensificando aquella punzante sensación de desastre pronto a concretarse.

—Hey, ¿hacia dónde fue la anciana que…? —le preguntó al feriante más próximo, un hombre bajo y mestizo, que, en su puesto, espantaba a las moscas con un trapo de los trozos de carne que mantenía sobre el mesón. Se detuvo a mitad de la oración cuando el hombre se encogió de hombros, mirándolo extrañado, como si no supiera de qué le estaba hablando. ¿Acaso todo había sido una jugarreta de su imaginación?, se cuestionó nuevamente. Sacudió su cabeza como esperando aclarar sus ideas y, de paso, disipar los malos presagios que se cernían sobre él.

Se retiró del lugar murmurando una pequeña disculpa a modo de despedida. Dado el errático comportamiento que había mostrado, seguramente lo tomarían por un borracho, o peor, un loco. Pero eso poco le importó; pronto volvería a territorio inexplorado y no quería cargar con el mal augurio de una vieja bruja. Por un instante consideró cancelarlo todo, inventar alguna excusa, alguna enfermedad, dejar a uno de sus hombres a cargo o regresar a Manaos y desaparecer. Pero de inmediato se dio cuenta

de lo estúpido de aquella idea; le estaba dando demasiada importancia a un sinsentido. ¿Desde cuándo se tomaba tan en serio los dichos de una *aparición*?

Se acercó al siguiente puesto de comida y pidió un guiso en base a carne y verduras. Fue acompañado por una sonrisa amable de parte de la chola peruana que atendía. En cuanto dio el primer bocado, todo fue más llevadero. No se iba a dejar intimidar por los desvaríos de una mujer salida de la nada. Al segundo bocado, se dio cuenta de que sus años de experiencia le habían enseñado a lidiar de manera excepcional con el infierno que era la selva. Estaría bien. Al tercero, todo le dejó de importar. Lo que le acababa de ocurrir sería una simple anécdota de la que se reiría a carcajadas semanas más tarde, cuando regresara victorioso con la bolsa cargada de dinero. Le sonrió entonces a la amable mujer, que en ese momento le servía un vaso de chicha morada para acompañar la comida. Río abajo, más allá de Leticia, la selva ignota lo esperaba paciente, y él estaba dispuesto a ir y tomar lo que fuera que esta pudiera ofrecerle.

I

El tan esperado evento se inició a las ocho en punto en el Museo de Historia Natural de Nueva York como se había programado. Jack Stevenson, hombre de buenas costumbres, llegó puntual como comúnmente hacía, ahorrándose la larga fila para ser recibido en las enormes y decoradas puertas de la bien conservada estructura que conformaba ese lugar.

—¿Su acompañante, Señor Stevenson? —preguntó un sorprendido portero al ver que la invitación marcaba de forma explícita: "Dr. Jack Stevenson y esposa".

—¡Oh! —exclamó Jack con fingida sorpresa, como si se acabara de percatar de que Norah no estaba a su lado—. Ha preferido quedarse en casa… cosas de mujeres. Usted entiende —sonrió al portero.

—No hay problema, señor Stevenson —le devolvió el portero una sonrisa simpática—. Solo pensé que podríamos recibirla un poco más tarde… Sea cordialmente bienvenido —añadió inclinando su cabeza de manera

respetuosa—. Espero que disfrute la velada.

La verdad era que no se sentía para nada cómodo estando allí. El iluminado espacio tras el vestíbulo comenzaba a llenarse con los más distinguidos asistentes y tenía claro que obligatoriamente tendría que toparse con Dawson… Chris Dawson, el hombre del momento, un infame explorador, colega científico y la razón detrás del tan publicitado evento que tras un año de haber desaparecido de los medios había vuelto con toda la gloria. Pero no era aquella reputación de Dawson precisamente lo que mantenía incómodo a Jack, sino sus encuentros pasados, aquellos que habían hecho de ambos enemigos declarados.

La velada prometía ser interesante y, aunque Jack hubiera preferido quedarse en casa junto a Norah, tenía obligaciones profesionales que cumplir y unas casi incontenibles ganas de satisfacer su creciente curiosidad. Si el descubrimiento de Dawson era realmente verídico, aquel evento podía llegar a transformarse en algo sin precedentes.

Jack ingresó tímidamente al salón evitando toparse con cualquier colega o medio de prensa que pudiera reconocerle, pero le bastó dar un par de pasos para que uno de sus antiguos camaradas se adelantara a recibirlo alegre para invitarlo a compartir una copa. Debido a su trabajo e investigaciones, hacía tiempo que se había transformado en toda una celebridad, al menos dentro del campo científico. Jack no pudo negarse.

Los camareros se paseaban con bandejas de champaña y bocadillos, y la gente conversaba animada mientras un conjunto de músicos vestidos de gala tocaban de manera